

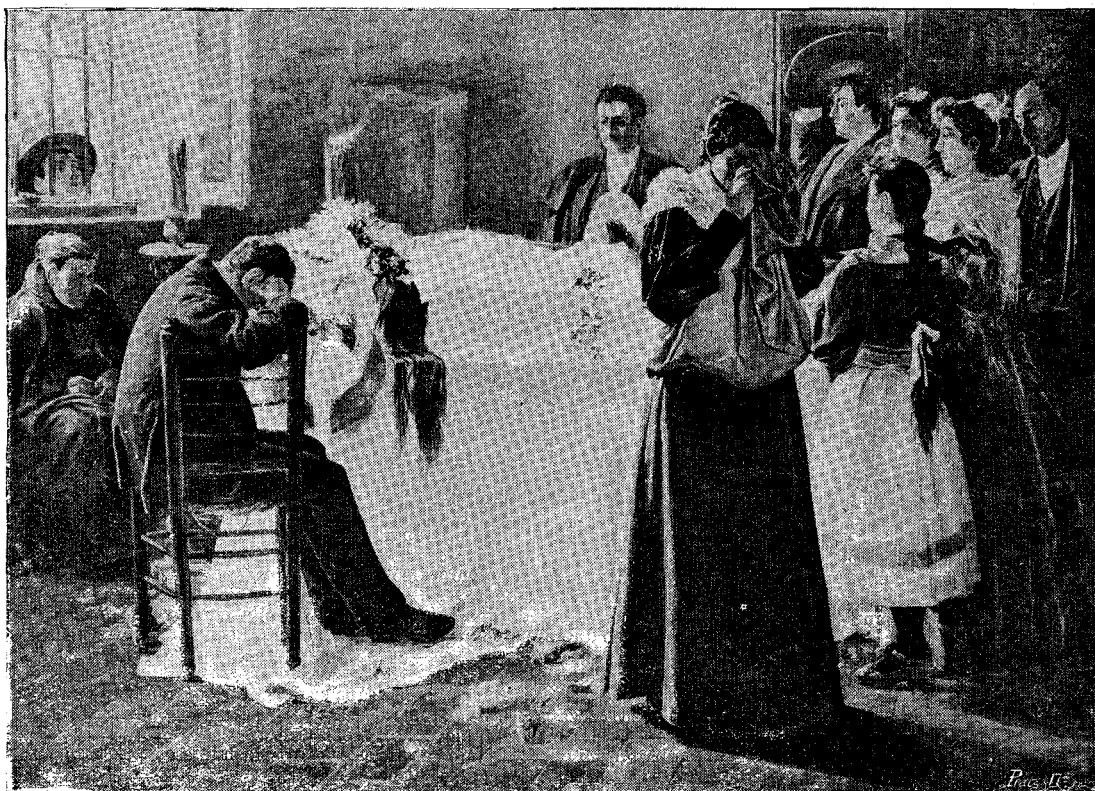
## ¡MIRA QUÉ BONITA ERA!.....



TIENDO uno de los propósitos de LA GRAN VÍA (ya imitado por otras publicaciones), tanto el rendir tributo de admiración a los maestros en el arte, como el alentar a los jóvenes, natural es que en este número dediquemos algunas líneas a D. Julio Romero de Torres, cuyo es el cuadro que lleva por título la copla popular que antes queda indicada.

Tiene Julio Romero lo que falta a no pocos pintores españoles, y es: asunto para sus obras, asunto y composición. Visto el Sr. Romero desde este esencial punto de vista, merece, por la obra que ha llevado a la Exposición de Bellas Artes, muchos y merecidos elogios. Y si se para la atención en el espíritu, en *el alma*, pudiera decirse, del cuadro, los elogios por fuerza tendrán que ser más calurosos, puesto que Julio Romero ha encerrado en una corta extensión de lienzo un verdadero poema, lleno de sentimiento.

Una muchacha en la flor de la vida, la *niña bonita* del barrio, la bulliciosa en la fiesta, la recatada en la casa, la ideal é interesante en la iglesia, la comedida en la conversación con los mozos, la que tenía el mejor arriate de flores, la mejor trenza de pelo donde lucirlas; la que cantaba, la que sentía dolor por el mal ajeno; esa criatura, en una palabra, que, si



una vez la visteis, os dejó el alma llena de su perfume, y á través del tiempo la seguis recordando con un casto deseo de volverla á ver, esa es la mujer que el pintor os presenta tendida en el féretro y con las sienes orladas de flores.

«¡Mira qué bonita era!  
¡Se parecía á la Virgen  
de Consolación de Utrera!»

Hay copla andaluza que es una canción fúnebre, y esa *soledá*, como la designa el pueblo, parece un profundo lamento impreso en ese marco que encierra á una virgen muerta. Su madre está á su cabecera, inmóvil por la pena; su hermana, de pie, se enjuga las lágrimas, porque se le ha ido la alegría del hogar, el diálogo compuesto de gorjeos y risas; ¡lo más triste!, el novio, con la cabeza inclinada por el peso enorme del dolor, mira su ideal desvanecido, su propia existencia hecha pedazos, porque, ¡á qué reja se acercará ya! ¡A quién irá á llevarle en la mañana de San Juan el ramo de flores! ¡Qué hará en las parrandas, cuando el amor no le espera ya detrás de los hierros y de las macetas! ¡Para qué querrá vivir si le faltan el aire, la luz, la pasión que movía su vida como un motor pujante y misterioso!

El infeliz dice, con el pensamiento, entre nuevos reblandecimientos de llanto:

«¡Mira qué bonita era!  
¡Se parecía á la Virgen  
de Consolación de Utrera!»

Efectivamente; su tez de virgen desvaneció su brillo de rosa; las curvas de su garganta perdieron su misterio amoroso; las levisimas ojeras, donde parecían dormir promesas futuras, las convirtió en lirios la muerte; los labios, por donde fluía el manantial de la risa, están paralizados para siempre: ya adoptó la postura eterna, y cruza los dedos de las manos con la cara puesta hacia los cielos....

Expresar todo ese sentimiento en un cuadro es un triunfo realizado con un puñado de colores y unos pinceles, y es además dramatizar una copla de esas sentidas y puras que nuestro pueblo entona á la guitarra.

El cuadro de Julio Romero deja en el alma un rastro de sentimiento y de poesía; y por eso, y por ser una obra popular y andaluza, es por lo que aquí le rindo este tributo de admiración.

RUEDA.